

PAUL CARTLEDGE. *Political Thought in Ancient Greece*. Cambridge: Cambridge University Press (2009).

*Rafael Ramis Barceló*

En la colección «Key themes in Ancient History» de Cambridge University Press, ha aparecido un libro del profesor Paul Cartledge que, por sus importantes vínculos con el pensamiento, merece ser comentado en una revista de Filosofía. Cartledge es un celebrado historiador de la Grecia Antigua, y en esa faceta es uno de los estudiosos más reconocidos. Sin embargo, en el libro que aquí comentamos aún también una dimensión filosófica, que no debería pasar por alto a los estudiosos de la filosofía política y a los helenistas.

Cartledge, A. G. Leventis Professor of Greek Culture en Cambridge, no necesita presentación alguna entre los historiadores españoles, si bien no es tan conocido por los filósofos. Siguiendo la estela de eminentes helenistas como Vidal-Naquet o Moses Finley —a quienes va dedicado el libro— el profesor Cartledge se ha ocupado de los problemas políticos y sociales de Grecia. En esta obra que aquí se reseña, el autor intenta mostrar las continuidades y discontinuidades entre la teoría y la praxis en Grecia. Este hecho evidencia, por otra parte, la actual tendencia de la historiografía británica de las ideas políticas; en 2009 aparecieron dos libros colectivos sobre el pensamiento político clásico, y ambos muestran un planteamiento similar: *A Companion to Greek and Roman Political Thought*, Wiley-Blackwell, coordinada por R. Balot y *The Cambridge Companion to Ancient Greek Political Thought*, coordinada por Stephen Salkever.

En estas obras se muestra la importancia del estudio interdisciplinar de la teoría política en Grecia: filosofía, ciencia política e historia se entrelazan con la poesía, el arte, la sociología y la literatura. En vez de estudiar el ser de la polis y tratar la política a partir de los problemas ontológicos, en la actualidad parece ser que la mayoría de la historiografía británica se inclina por un análisis interdisciplinar de la política.

El libro toma cuerpo a partir del análisis de tres cuestiones sobre las que Cartledge ha trabajado durante buena parte de su vida: la relación de la teoría polí-

tica con la praxis, la sociología de las relaciones de clase y status para explicar el comportamiento político y la teoría y, por último, un examen de la democracia desde su génesis hasta la influencia en la actualidad.

La historia del pensamiento político, de acuerdo con los actuales parámetros de la escuela historiográfica de Cambridge (Skinner y Pocock), busca la comprensión de los lenguajes de la política en el decurso de la historia. Cartledge en el capítulo primero discute esta dirección historiográfica, pero acepta sus tesis principales, enriquecidas con una visión cercana al marxismo que hereda de Finley. En todo caso, la apuesta historiográfica del autor de este libro muestra que teoría y praxis van unidas y que el historiador debe narrar tanto las apreciaciones teóricas sobre la polis como los resultados fácticos que arroja la historia social y la historia económica.

Para la filosofía también reviste un gran interés el capítulo segundo que estudia algunos de los conceptos más importantes para abordar el estudio de la Grecia clásica. En particular, el autor destaca numerosas inexactitudes terminológicas por parte de los historiadores y pone de relieve algunos de los conceptos más importantes para entender los problemas a tratar: polis, lo público y lo privado, el género, la libertad y la esclavitud, las constituciones o las facciones. Todos estos conceptos se examinan al hilo de su recepción en la teoría política contemporánea.

Como puede intuirse, se trata de una obra bastante sustanciosa, aunque breve. Resume la historia de Grecia a través de las tensiones entre la teoría política y la práctica, y lo hace de forma amena y brillante, pero también irregular. Para mostrar el carácter fragmentario de la obra, hay que decir que está dividida en once capítulos, entre los cuales hay seis «narrativas», y acaba con dos apéndices y un ensayo bibliográfico. Las narrativas, con todo, ponen cierto orden al hilo argumental de los capítulos, que suelen hacer referencia a cuestiones muy concretas de la teoría política griega y sus consecuencias prácticas.

No todos los capítulos tienen interés filosófico, pero sí que en ellos pueden hallarse ideas de valor, bien para confirmar el statu quo estandarizado de la cuestión, bien para discutirlo. Dejando de lado las «narrativas», hay que decir que los capítulos tienen el siguiente contenido: los dos primeros tienen un alto interés para la historiografía y la metodología de la historia del pensamiento político,

pues se cuestiona cómo escribir la historia del pensamiento político griego; el capítulo tercero cuestiona la relación de la sociedad que aparece en las obras de Homero y su relación con el mundo político de la época; en los capítulos cuarto y quinto se estudian brevemente las reformas de Solón, Clístenes y de otras grandes figuras políticas de Atenas; en el capítulo sexto se ofrece una breve explicación del debate constitucional de Heródoto; el juicio de Sócrates está novedosamente expuesto en el capítulo séptimo; el capítulo octavo dibuja algunas pinceladas de la teoría política y de la crítica a la democracia desde Jenofonte hasta Alejandro Magno; el capítulo noveno está dedicado a las revoluciones espartanas, como una visión pragmática del pensamiento político del pueblo lacedemonio; en el décimo capítulo se comentan las opiniones de Plutarco en el contexto del Imperio Romano y, por último, en el undécimo se hacen algunas reflexiones sobre el legado griego y la democracia actual.

Por de pronto puede decirse que los capítulos más interesantes desde el punto de vista historiográfico son el quinto y el séptimo. Cartledge, por una parte, sitúa a Clístenes como la figura decisiva que prevalecía sobre el enfoque tradicional de la política fraccional en Atenas. Por otra, entiende que el juicio a Sócrates fue completamente justificado desde el punto de vista procesal. Más allá de la interpretación irónica de las palabras de Sócrates y de la indulgencia con la que habitualmente tratan esta cuestión, el autor del libro intenta explicar el juicio de Sócrates a partir del derecho jurisdiccional de la época. Para Cartledge el Tribunal obró conforme a derecho, de modo que toda la hagiografía que la Historia de la Filosofía ha construido después no tiene justificación jurídica.

El estudioso de la filosofía puede encontrar puntos sugerentes en todo el libro, y el planteamiento de Cartledge, establecido y desarrollado con rigor, le permite corroborar las tensiones entre la teoría y la praxis en la comprensión de la historia cultural griega. El capítulo 11 es un claro ejemplo de ello: el autor intenta estudiar cuál es la influencia de la democracia griega en las democracias actuales y qué puede aprender la actualidad del legado griego, a partir de una discusión con J. Dunn.

La obra es, por desgracia, muy breve y contiene más destellos e insinuaciones que razonamientos y argumentos. Ciertamente, Cartledge da al lector una idea precisa de cuáles son sus opiniones, pero supone que el lector está muy familiarizado ya con la historiografía griega y con la teoría política. En muchos casos,

las críticas a los diferentes autores no descienden a los detalles, sino que quedan en una simple mención del autor y de la obra. Hubiera sido preferible que Cartledge hubiese explicado un poco más esas cuestiones controvertidas, entre otras cosas, porque el lector sólo intuye los desacuerdos pero difícilmente conoce el calado de éstos.

Hubiese sido deseable también que la referencia a los textos clásicos fuese — por lo general— más detallada, pues un lector de «Key themes in Ancient History» no tiene por qué dominar las fuentes con la misma soltura que lo hace Cartledge. Por ejemplo, cuando hace referencia a la correspondencia entre Cicerón y Tito Pomponio (p. 124) no queda claro dónde puede encontrarse el original ni cuáles son los problemas hermenéuticos que quiere tratar el autor.

En cambio, por ejemplo, los capítulos seis y siete están muy bien anotados, lo que produce un importante contraste con los demás. Hubiese sido preferible que Cartledge homogeneizase las referencias, pues muchos de los capítulos provienen de otros trabajos más específicos que el lector en muchas ocasiones desconoce. De ese modo se hubiese logrado plenamente el ideal del autor, que pretendía acercar las cuestiones más importantes de la teoría y de la historia política griega al público universitario (p. xii).

La brevedad es una constricción que afecta un resultado final, que creo que el público lector hubiese deseado más amplio y detallado. Sin embargo, hay que destacar lo meritorio de la obra: tratar con tan singular acierto una gran variedad de cuestiones, sin descuidar el riquísimo elenco bibliográfico, en inglés, francés, italiano, alemán y español. En definitiva, una obra muy sugerente que puede interesar a un público interdisciplinar y que merece una sincera recomendación.